

ARACENA Y SUS SANTOS

Javier Pérez-Embú

Los santos son, en el mundo cristiano, los herederos de la antigüedad clásica: participando de humanidad y divinidad, actúan como intermediarios entre ambas esferas. Al final de la Baja Edad Media, el santoral ha conocido ya su conformación, producto del devenir eclesiástico y de la fragua del imaginario colectivo.

La estructura hagiológica conformada en Sevilla tras la Reconquista hubo necesariamente de influir en la organización de las advocaciones de las iglesias de su reino o territorio. Resulta comprensible que la prioral de Aracena estuviese dedicada a Santa María, como todas las catedrales de Occidente. Que lo sea en el misterio de la Asunción, de los Remedios o de los Dolores, ello es producto de la historia. Pero resulta igualmente comprensible se diese el nombre de San Sebastián a la iglesia y hospital fundados en el siglo XV por una cofradía de labradores junto a la fuente de la Zulema. El mártir romano, doblemente ejecutado durante la persecución de Diocleciano, había gozado de una enorme popularidad durante la Edad Media latina, como tercer patrón de Roma, después de Pedro y Pablo. Su cuerpo asaeteado, y luego arrojado a la Cloaca Máxima, conformaría un icono desde antiguo invocado contra las epidemias de peste, por lo que hacía buena figura en los eremitorios levantados extramuros. Allí, las cofradías de labradores —gestoras de la ayuda mutua en una sociedad rural— celebraban su fiesta el 20 de enero en forma que ha trascendido poco al folklore moderno.

Si en Sevilla San Sebastián daba nombre al prado, principal entre los egidos de la ciudad bajomedieval, la advocación se propagó por el reino, e incluso en Huelva sería el origen de un núcleo llamado a gran futuro urbanístico. La cofradía de San Sebastián crearía en Aracena un hospital para atender las necesidades de una población en plena expansión durante el siglo XV. A fines del mismo, se le ve detentar propiedades, molinos incluso —pues se trata de la zona irrigable por excelencia— y, en definitiva, osten-

tar un papel central en la vida comunitaria. Nada lo testimonia mejor que el número y calidad de quienes se llamaron Sebastián: incluso en los siglos XVII y XVIII se verá a un Sebastián de Rioja o a un Sebastián Márquez Escudero, desde los cargos de alcaldes y regidores, acaparar protagonismo en la política local.

Pero la devoción al mártir asaeteado había irradiado al término, y las primeras aldeas hijas de Aracena, Galaroza e Higuera, lo tuvieron por patrón, aunque ello no supusiera en el contexto del territorio, bien es verdad, originalidad alguna: ermitas de San Sebastián las hallamos en Almonaster, Cortegana, Encinasola y Santa Olalla (Recio, p. 92-3).

Las advocaciones de las demás ermitas no pueden rastrearse documentalmente sino en el siglo XVI, aunque los rasgos arquitectónicos denuncian en Santa Catalina y Santa Lucía un origen cuatrocentista. La más antigua, anterior incluso a la de San Sebastián, podría haber sido, sin embargo, la de San Pedro, erigida junto a la más occidental y abundante de las fuentes. Ello (dejando de lado el aspecto exterior de su fábrica arquitectónica, que resulta de una restauración de fines del XVII o principios del XVIII) resulta más comprensible si se interpreta la denominación de San Pedro como una alternativa de patronazgo pontificio frente al habitual absentismo del prior. A mediados del siglo XV habría ya en Aracena un grupo clerical de mediana entidad —cuatro beneficios asigna, en efecto, a la población el Libro Blanco de la Catedral de Sevilla, de 1411—, con el suficiente peso intelectual y político como para hacerse eco de la corriente monárquica que se imponía en la Iglesia romana tras la crisis conciliar.

Pero la ermita de San Pedro nunca llegó a fundamentar su predicamento local en la hagiología del cabeza de la Iglesia. A mediados del siglo XVI, la bolsa benéfica llamada El Pan de los Pobres radicaba en el templo parroquial, de manera que la ermita fue en 1588 dejada al cuidado de una pareja de recién llegados que adoptaron hábito ermitaño y establecieron escuela en ella (P. Embid, p. 174). Pero la novedad no duró más de un año, y en el siglo XVII eran los sastres quienes, al parecer, habían instituido cofradía que honraba la imagen del celestial conserje. El 29 de junio, octava del equinoccio veraniego, el clero celebra con cierto fasto la fiesta de «un príncipe a quien exalta la limosna». Ya veremos bajo qué connotaciones se presenta ello en el siglo XVIII.

Es igualmente forzoso buscar origen sevillano a la denominación de Santa Catalina dada en el siglo XV a la ermita levantada junto a la calzada que une Sevilla y Portugal. Lo uno por tratarse del nombre de una collación o parroquia hispalense, y lo otro por no pertenecer a la teología del Carmelo, observancia religiosa que vendría a implantarse en ella hacia 1530. La fiesta de Santa Catalina, el 29 de noviembre, tampoco señala momento crucial en el calendario anual de la vida rural serrana. Pero la leyenda de la santa convenía al beaterio femenino instalado junto a la ermita, y desde luego podrá suministrar materia a los predicadores que durante varios siglos se dirigieron a la comunidad religiosa. Reza así dicha leyenda:

Catalina, hija de una rica familia copta, se entregó desde niña en Alejandría al estudio de la filosofía, saber del que hará gala durante la controversia en que concluye el paganismo antiguo. Asqueada frente al espectáculo de los cristianos que contemporizaban por miedo con el imperio y sacrificaban a los dioses, hace protestación de su fe ante el César, que le reta a demostrar la falsedad del culto pagano. Y en un debate en el que citó generosamente a Platón, dejó tan pasmados de su argumentación a los miembros de la escuela filosófica alejandrina, que decidieron convertirse al cristianismo, con la comprensible irritación del soberano. La tienta luego, sin éxito, con las vanidades del siglo, pero ante la firmeza de la joven, recurre al tormento. En la cárcel, Catalina hace proselitismo con la esposa del Emperador y la convierte, hasta que, agotada la paciencia de aquél, es decapitada.

Las actas de Santa Catalina, que la crítica histórica considera apócrifas, dan origen a una leyenda en la que hay ecos de las polémicas cosmológicas y teológicas de la Antigüedad tardía. La santa, por ejemplo, que no ignora los recursos herméticos, explana el misterio de la Encarnación y se beneficia de los recursos de la angelología. Tanto, que llega a convertir al mismísimo filósofo neoplatónico Porfirio. Pero el símbolo parlante que de esta historia trasciende a la iconografía, y que encierra el mito al que pone nombre Santa Catalina, es la rueda con la que sufrió martirio. La rueda, que la fuerza de su fe hizo estallar, pertenece a los más antiguos símbolos solares, y en parte se concebía al sol viajando por el cielo en un carro de ruedas. De manera que su estallido quiere decir el fin del tiempo ciclico o del eterno retorno, y el comienzo de una historia lineal de la humanidad. Catalina, Catha-ruina (= desmoronamiento total del universo, según el hagiógrafo) se celebra el 25 de noviembre, cuando

se desvanece el ciclo del otoño, tan decisivo en la economía rural serrana, y aún no se adivina el nacimiento de la nueva estación.

Cuando al clero de Aracena se le ofreció denominar la ermita levantada en el barrio más al norte de la población, no tuvo gran dificultad en hallar el nombre de Santa Lucía. En la propia topografía urbana de Sevilla se había llamado así a la mezquita más septentrional, aquella que —por Bib Alfar o Puerta del Sol— casi se sale de la muralla buscando la estrella boreal. Y es que Lucía —«lucis vía»— personificaba desde su martirio hacia el año 310 la búsqueda de la luz en medio de las tinieblas, razón de que su celebración litúrgica fuese a mitad de diciembre, el día 13 ó —como en el *Passionario Hispánico*— el 12. Acusada que fue, en efecto, de vender sus bienes para darlo a los pobres por un pretendiente aspirante a su dote, ella respondió que se trataba de la más segura de las inversiones. Y cuando el juez la amenazó con llevarla a un prostíbulo para que dejase de afirmar que era «templo del Espíritu Santo», ella contestó que «si la mente no consiente el cuerpo no quedará mancillado».

La iconografía que presenta a la joven de Siracusa Lucía con los ojos arrancados por ostentar ante el juez imperial un exceso de vista, plasma —más que una especialización taumatúrgica, ya que todos los santos medievales curaron a ciegos— aquella propensión hacia la luz característica de la gnosis tardoantigua. Ver en la oscuridad, he ahí una de las angustias mayores del pensamiento pagano en su fase final, pero también una angustia cotidiana de todas las comunidades rurales antes de la era industrial. El rito del lucernario —en Aracena se llama «rehiletos»— se ha querido cristianizar bajo el ropaje teológico de la Purísima Concepción, que se celebra precisamente ocho días antes de aquellas calendas. Pero qué duda cabe que se trata de una búsqueda de la luz en las tinieblas, de la naturaleza o del mundo y, si se quiere, también en las del espíritu o de la mente.

Santa Catalina..., Santa Lucía: hasta ahora la iconología se adapta a la disposición de la topografía urbana y eclesiástica de la capital, como si el camino o calzada a Portugal se quisiera calcar sobre el trazado norte de la muralla de Sevilla. Pero la «imitatio Hispalis» acaba, por el momento, ahí. Cuando en 1573 haya que consagrar la pequeña ermita levantada para atender al suburbio marginal, surgido en forma de aluvión a mediodía del casco urbano, terminará imponiéndose el nombre de San Jerónimo.

Pero antes de detenernos a comentar las circunstancias que, pensamos, determinan esta denominación, es preciso explicar el fundamento del título de las demás ermitas, lo que equivale a terminar de presentar los númenes protectores de la comunidad vecinal de Aracena a principios de la Edad Moderna.

* * *

El humanismo se desarrolla en España fundamentalmente en el marco de la Iglesia. Los principales humanistas serán clérigos, inclusive aquellos que componían el círculo de amigos y correspondientes de Arias Montano. Por ello, la búsqueda de la antigüedad se traduce ante todo en una búsqueda de reliquias que dista mucho de ser una empresa inocente o desinteresada. De manera que el Renacimiento significa en Aracena ante todo un reajuste del imaginario en el que tuvo mucho que aportar el liderazgo intelectual del sabio de Fregenal. La primera de sus directrices hubo de consistir en dotar de sentido a los cultos que se tributan en su cerro a Santa Brígida.

Birgit, Brigitte o Birgitta no es santa de origen latino, sino celta: su ausencia en los antiguos martirologios y en el *Passionario Hispanico* así lo acreditan. Debió tratarse de la jefa de un clan matriarcal irlandés que a mediados del siglo V fue bautizada por un discípulo de San Patricio para fundar luego el cenobio de Kildare, en el condado de Leinster. En ese monasterio sería abadesa y allí reposarían sus restos, antes de ser trasladados, junto con los del apóstol de Irlanda, a Downpatrick, en el tiempo de las invasiones vikingas (C. Pujol. «La casa de los santos. Un santo para cada día del año». Madrid, 1989, p. 49. «Sobre la incidencia de Santa Brígida en el imaginario medieval», vid. Ph. Walter, «Mithologie chretienne. Rites et mythes du Moyen Age». París, 1992, p. 123-7).

Las misiones ultramarinas de los monjes irlandeses difundirían la leyenda de Santa Brígida, con todo el acopio de prodigios que pudiera dar de sí el sustrato cultural gaélico o bretón. Y es que en ella se cristianizaba de hecho la poderosa figura de la Diosa Madre de los celtas, es decir, la única divinidad femenina del panteón céltico que es a la vez esposa, madre e hija de los demás dioses masculinos. Destaca en aquella parafernalia mítica la virtud de metamorfosearse en pájaro, atributo más común de aquella divinidad, que se tiene por análoga a la walkiria germánica, encarnación,

como se sabe, de la soberanía guerrera. De manera que la iconografía con que se la representa en la escultura o pintura románicas rebosa de ocas o de palomas, por lo que tampoco faltan —en latitudes mediterráneas— las asociaciones de Santa Brígida con Santa Coloma o Santa Eulalia.

La Leyenda Dorada había de ser sensible a ese carácter sacral de la función reproductora: si comienza asignando a la santa la historia de su deformación física para vencer el asedio de los pretendientes masculinos; si un instrumento de la castidad, el cingulo con que ceñía su túnica, tenía la virtud de sanar los enfermos, luego le atribuirá no pocos episodios de multiplicación de leche o de cerveza. Porque no puede olvidarse que Santa Brígida es venerada el 1 de febrero, la víspera de la Candelaria, que en Irlanda festejaba —con el nombre de Imbolc— el momento en que la leche retorna a la ubre de las ovejas.

Ignoramos si en Aracena los cultos a Santa Brígida se le tribuyaban en el contexto de la Candelaria, como en las zonas célticas o tenían lugar en calendas más primaverales. Lo que sí es seguro es que es Arias Montano quien organiza la fusión de su culto con el de San Ginés: una nota marginal, del siglo XVII, en el Libro de la Regla de San Ginés de la Jara afirma que la imagen de San Ginés la trajo de Roma Arias Montano para darlo «por compañero» a Santa Brígida. Estamos, por tanto, ante una verdadera hierogamia, bajo ropaje cristiano: un casamiento de santos del que había de esperarse el mejor fruto para la comarca.

San Ginés es un mártir cuya fiesta la iglesia celebraba desde antiguo el 25 de agosto. El Martirologio de Usuardo (siglo IX) distingue, sin embargo, dos santos del mismo nombre. Uno era un mimo o actor cómico, compellido a representar en la misma Roma, y ante el emperador Diocleciano, cierta farsa en la que se hacía mofa del cristianismo. Puesto ante la tesitura de elegir entre su fe y el triunfo profesional, opta por la primera, hace confesión de la misma, y es *in continenti* mandado ejecutar por el César indignado.

El segundo Ginés fue un «tabellio» o notario de Arlés, la «civitas» romana de la desembocadura del Ródano, al que los magistrados decapitaron durante la misma persecución. Al ser compelido a transcribir el edicto represivo, se negó a ello y pidió el bautismo, lo que puso a la justicia en su busca. Pero acosado por aquélla, se lanza a nado en el río y ejecuta el rito

de tránsito bautismal (según el modelo de Josué, 3-4, en el Jordán). En la otra orilla le espera el martirio y la gloria.

El culto de este Ginés se mantuvo en los Alyscamps, una de las grandes necrópolis paleocristianas de la antigüedad, que Arles ofrece hoy al interés del viajero, y luego se difundió por el valle del Ródano. Pero el monopolio de sus reliquias lo seguía teniendo Arles, y en concreto la famosa abadía románica de San Trófimo.

En uno y otro caso, estamos ante un nombre —Genesius viene del griego «génesis», el origen o la creación— que expresa el principio creador o fertilizador, ese «deus ex machina» al que la teosofía helenística atribuía la regeneración anual de la naturaleza. Podía por ello prestarse a bautizar un rito de tránsito, el de la Pascua, cuya octava pronto se denominó *Quasimodo*, por las palabras con que comienza el evangelio del día. Así es que no extraña que el teólogo del siglo VII Teodoreto de Ciro asigne a San Ginés un lugar entre los relevantes de la antigua hagiología. Y universal, ya que se le reconocía desde Bizancio hasta la occidental península ibérica, donde a principios del siglo V lo cita el poeta Prudencio y donde, en la Mérida del siglo VII, son recibidas sus reliquias (A. Fábrega Grau, *Passionario Hispánico*. Barcelona, 1953. I. p. 188=9).

La invasión musulmana no favorece, sin embargo, su culto entre los cristianos de la península, y hay que esperar al siglo X —en que sabemos tenía iglesia dedicada en Toledo— para ver su memoria instalada en el *Passionario Hispánico*, ese magno inventario del culto a los santos entre los mozárabes.

El texto con que aparece en el mismo se refería al Genesius de Arles, y habría sido dado a conocer por los caballeros francos combatientes en la Marca Hispánica. No obstante, en el primer tercio del siglo XII se abrió al arelatense una nueva vía de penetración: hacia 1140, el Códice Calixtino informa que la cabeza del santo fue llevada por los ángeles a través del Ródano, y luego a través del mar hasta Cartagena, donde es venerada y obra muchos milagros (J. K. Walsh, «French epics legends in spanish hagiography. The “Vida de San Ginés” and the Chanson de Rolland». *Hispanic Review*, 50 [1982], p. 1-16).

De manera que las colonias mercantiles latinas —bien conocidos son

los ensayos de Génova y Pisa para establecer una talasocracia en la zona—habrían contribuido a revitalizar el culto del santo entre los mozárabes del gran puerto mediterráneo, más de un siglo antes de que se derrumbase el poder musulmán en Murcia. Con tal éxito que Alfonso X el Sabio no dudó en fundar un monasterio con su advocación junto al cabo de Palos, no bien reconquistó aquel reino. La comunidad que se hizo cargo de él era de agustinos, procedentes de Cornellá, en el Conflent. Pero éstos no perseveraron, de modo que la devoción hubo de refugiarse en el interior de la ciudad, y así, el santuario de la Jara vino a quedar en un eremitorio del que los franciscanos observantes no se harían cargo sino a fines del siglo XV.

La importancia hagiológica de San Ginés en aquel contexto se deduce de la atención que le presta todavía en el siglo XIII el franciscano Fray Juan Gil de Zamora. Empleo nada ocioso, ya que el analista de la Orden, Wadding, llegará a fundir las tres leyendas de San Ginés: la del de Arlés, el de Roma y la de San Ginés el franco, que pronto empieza a fraguarse y a moldearse según el patrón de la épica carolingia. Una «Vida de San Ginés» que se compone o copia en el siglo XV presenta, en efecto, al santo como hijo tardío del emperador de toda Francia y de su esposa, Oliva. A pesar de su temprana dedicación al estudio y a la vida de piedad, a Ginés se le niega el permiso para peregrinar a Santiago, en razón de ser el único heredero de su padre. Pero cuando predice a éste el nacimiento de nuevos vástagos, recibe la autorización y emprende el viaje por mar. Una tormenta le obliga a arrojar el barco para salvar a la tripulación, que lo señalaba como causante de la furia de los elementos. Navegando sobre su túnica, llega hasta el cabo de Palos, y después de encontrarse con un alcázar muy blanco, halla tierra adentro un monasterio, a cuya sombra vive como eremita durante veinticinco años. (Castro. «Leyenda de los santos mártires Ginés de Arlés y de Roma, según fray Juan Gil de Zamora, OFM, siglo XIII». «Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez». F.U.E. Madrid, 1986, I, 251-60. «Un estudio antropológico de la tradición y devoción a San Ginés en Cartagena», en F. Henares Díaz, *San Ginés de la Jara*. Madrid, 1988. La relación histórica entre la fundación del monasterio de San Ginés y la de la Orden de Santa María de España por Alfonso X la insinúa P. Linehan, «History and the historians of medieval Spain». Oxford, 1993, p. 513-4.)

Sus padres, que nada sabían de él, se consolaban con los dos hijos que les habían nacido, Roldán y Oliveros, mas a la hora de hacer testamento reclaman al primogénito. Lo más granado de la caballería francesa ha de

navegar entonces hasta Cartagena y buscarlo a toque de olifante, hasta que una ahumada les señala el apartado monasterio. Allí, el prior les presenta al piadoso varón Ginés, que accede a entregarles una carta para su padre, con la que regresan a Francia. El emperador ordena a sus hijos volver de nuevo a España, pero esta vez sólo hallarán la desolación, pues una mortífera epidemia ha asolado la Jara y sólo ha sobrevivido, aunque muy flaco, el eremita Ginés. Escribe entonces otra carta a su padre, antes de que finalmente le llegue la muerte, que recibirá en olor de santidad.

Pero, en tanto, los moros de Granada han atacado el barco en el puerto y aniquilado a su tripulación. Poco importa ello, porque el celestial hermano la resucitará y concederá la victoria sobre los piratas granadinos. De vuelta, con los despojos, a Francia, encontrarán que el emperador ha muerto, y no será sino después de nueve años cuando un hijo de Oliveros, Ginés también de nombre, venga a buscar los huesos de su tío. Sin embargo, éste se niega a abandonar Cartagena, puesto que tiene la misión de proteger la región del fuego y la tormenta.

Es el caso de San Ginés, muy venerado en Galicia —como reflejan los muchos *Ginzio* que saltan su toponimia— no fue un perfecto desconocido en la Sevilla Bajomedieval. Aunque no se le admite en el casco urbano, sí se le consagra un lugar en el occidental cerro del Aljarafe, donde el topónimo Ginés está pregonando la presencia del santo, protector, a no dudarlo, del menester de los viñaderos. Es de recordar que aún hoy en Castilleja de la Cuesta la fiesta mayor en la que se mira la colectividad tiene lugar durante el Tránsito de la Pascua.

Tal aspecto vitícola del culto a San Ginés no podía escapar a Arias Montano, cuyo empeño en desarrollar las plantaciones de cepas en Alájar, en el pago de Jarramagal concretamente, es sobradamente conocida. Y mucho menos le podía escapar si conocía, como humanista, las fiestas que en honor de Júpiter, pero en torno al vino, tenían lugar en Roma durante la Antigüedad. Aparte el «*aquaalicium*» —procesión rogativa «*ad petendam pluuium*» dirigida a Júpiter Elicius en el Aventino—, el 23 de abril tenían lugar los «*Vinalia priora*», en que se empezaba a consumir el vino nuevo de la cosecha anterior. De tal forma que la leyenda de que fue Montano quien trajo de Roma la talla en madera de San Ginés indica que sería de él la sugerencia de trasladar al lunes de Quasimodo la conmemoración litúrgica que el martirologio de la iglesia romana seguía situando el 25 de agosto.

Una comparación de la talla del santo que formaba parte del retablo mayor de la parroquia con la que todavía se conserva en el convento de Cartagena (y Cartagena es la otra región minera por excelencia del sur de España) muestra la gran similitud de sus trazas e iconografía.

Pero, por otra parte, el situar en Quasimodo una romería, con su inevitable componente festivo, no significaba apartarse de la norma de Sevilla, pues en la ciudad se documenta para esa fecha, al menos desde 1493, la celebración de fiestas costeadas por el Ayuntamiento. Ocurre, sin embargo, que a San Ginés había que darle en el 25 de agosto algún sustituto en Aracena. Y ese es el motivo de postular un santo cuya fiesta la iglesia romana celebraba ese día: San Víctor. San Víctor era, según sus actas, un clérigo «cenomanensis» (es decir, de la ciudad gala de Le Mans), al que el mismo San Martín de Tours, cuando a principios del siglo V se dirigía a enterrar al obispo de la ciudad, encontró cavando unas viñas a las afueras de la población, y decidió en el acto promoverlo al episcopado. En la Baja Edad Media encarnaba así la figura del clero viticultor, y ello casaba bien con la mencionada afición agrícola de Arias Montano.

Que fuera éste quien difundiera la leyenda de haber hecho San Víctor vida eremítica en Aracena a principios del siglo V lo demuestra el hecho de que es en el falso cronicón de Lucio Dextro (heterónimo, según Caro Baroja, del padre Román de la Higuera, humanista correspondiente por varios motivos con Arias Montano), donde por primera vez se lee tal especie. Por cierto que en esa obra a Aracena se la denomina «Arcilasis», la Arcilasis de Ptolomeo, por primera y última vez (Rodrigo Caro ya no cree en tal identificación).

Pero en el pueblo no se entendió bien ese alegato culturalista de pretender instalar en Aracena un culto francés, del valle del Loira, cuya autoridad hagiográfica estribaba en un sermón de Bernardo de Claraval. En lugar de San Víctor, cuando hubo de poner nombre a la ermita que se acababa de restaurar a mediodía del cerro del castillo se le dio el nombre de un santo mucho más conocido, y que casaba igualmente con la profesión de Arias Montano. Me refiero a San Jerónimo. San Jerónimo es el primer biblista y, por tanto, el primer filólogo de Occidente. En toda España la orden religiosa que lo tenía como padre era reputada, desde principios del siglo XV, como refugio de conversos. Y ya sabemos cuál debía ser la progenie del Sapientísimo Don Benito. Por ello, aunque a mediados

del siglo XVI en Aracena era la cofradía de San Antón la que organizaba las más bulliciosas fiestas populares en el ámbito del barrio de San Pedro, se optaría por denominar de San Jerónimo la ermita y constituir una cofradía, cuya cruz o guión esté presente en la peregrinación de 1581.

* * *

Tal era el panorama cuando a mitad del siglo XVII, en una atmósfera infestada por la peste y constreñida por la sujeción al señorío del Conde Duque, se suscita la cuestión de postular un santo patronazgo para Aracena. Y el 30 de abril de 1649 el Ayuntamiento se hace eco de un pliego de firmas que le fue remitido por cuarenta y seis de sus vecinos. En el mismo se le representaban los muchos favores y milagros que la población había recibido de San Sebastián, San Blas, San Ginés y San Roque, razón por la cual solicitaban se gestionase su declaración como patronos. El regimiento deliberó sobre el asunto y decidió jurarlos por patronos, y especialmente a San Ginés, cuya festividad, el 25 de agosto, sería de guardar. La ceremonia del juramento tuvo lugar el domingo 16 de mayo, con la reunión de ambos cabildos y de todo el pueblo que cupo en la iglesia parroquial, y con una solemnidad y regocijo popular de la que ya hemos dado cuenta en otro lugar. En aquella ceremonia se hallaron presentes los dominicos, pero no los carmelitas. Y es que los carmelitas no parecen haber estado interesados en promover el culto de santo alguno y sí el de la Virgen, en las advocaciones de la Soledad y la Reina de los Angeles.

Pero, en cambio, los dominicos habrían iniciado desde entonces una campaña tendente a promover en Aracena el patronazgo exclusivo de San Blas.

Presentar a San Blas requiere hablar del día de su fiesta. Cuarenta días después de Navidad se inicia, por tanto, al último hito fijo del calendario en invierno: 1 de febrero, Santa Brígida; 2, la Candelaria; día 3, San Blas. La figura del patrón oficial de la villa de Aracena durante los últimos tres siglos merece como ninguna otra una glosa. Blasius, obispo de la ciudad armenia de Sebaste, moría mártir durante la última Gran Persecución, la de Diocleciano, poco antes del año 310, con el cuerpo lacerado por unos peines de hierro de los que se usaban para cardar.

La hagiología clásica lo supone médico, lo que explicaría el milagro

que se le atribuye de la espina clavada en la garganta de un niño, al que Blas habría salvado tocando el lugar del atoramiento con dos velas en forma de cruz de San Andrés. Por ello se le invoca en los males de garganta con frases de esta jaez: «¡San Blas bendito, que se ahoga este angelito!» La tragadera, conducto de la respiración profunda —«Blasen» significa en alemán «soplar»— lo es también de la música de los instrumentos de viento y, cómo no, de la glotonería propia de Carnes Tollendas, fiesta móvil cuyos prolegómenos se abren en San Blas (y que cuando —como en el presente año— se adelanta con la Pascua llega a coincidir con ella).

La larga difusión de su culto durante la Edad Media tiene que ver con aquella ubicación calendaria. Rabellais sitúa el nacimiento del gigante Gargantúa en San Blas, porque en esa fecha tenían lugar las mascaradas a base de gigantes, que constituían una de las principales transgresiones del Carnaval. Ese aspecto grotesco de la figura mítica del santo aflora mayormente en las regiones atlánticas —y la Sierra de Aracena lo es—, de sustrato cultural celta: «Bleizh», Blas, significa en el idioma bretón «lobo». De manera que, en palabras del mitólogo Philippe Walter, Blas se presenta «como un animal humanizado o como un humano animal» (Walter, «Mythologie chretienne...», p. 139. Voragine, «La Leyenda Dorada», I, 164-7).

Pero es preciso no perder de vista la pluralidad de manifestaciones míticas que remiten a un origen único indoeuropeo. Hasta el siglo V de nuestra era se celebraban en Roma en febrero las Lupercalia, fiestas en honor del dios etrusco Fauno Lupercio. Los jóvenes de una cofradía acudían al Lupercal, la cueva que se halla en el monte El Palatino, y procedían a un sacrificio de cabras ante la imagen de la Loba. Los cofrades eran allí huntados con la sangre de las víctimas para ser posteriormente limpiados con un copo de lana empapado en leche. Se entonaban luego himnos dedicados a Fauno y las vestales hacían ofrenda de la «mola salsa», una torta hecha con las primeras espigas de la cosecha del año anterior. El ritual proseguía con una carrera en que los «lupercos», disfrazados de faunos, azotaban con unas correas —las «februa»— a quienes hallasen a su paso, y era creencia entre las mujeres que tales latigazos facilitaban el que quedaran embarazadas.

El compilador del legendario medieval no dudó en transmitir, en efecto, las escenas que presentaban a San Blas rodeado de animales. Una vez

elegido obispo, San Blas se retira a hacer apostolado a una caverna, y este antro es el primer signo del salvajismo de la leyenda. La cueva —y las de la Sierra de Aracena estuvieron habitadas desde la prehistoria— es lugar de acción mágica de culto y se hallaba estrechamente ligada al arquetipo de la «Magna Mater», como escenario en verdad de toda hierogamia. «Infinidad de pájaros de diversas especies —afirma Jacobo de la Voragine— acudían a visitarle, le llevaban comida y no se marchaban de su lado hasta que él, tras de acariciarlos, los bendecía. Cuando alguna de aquellas aves se sentía indispuesta, iba en busca de alivio a la cueva del santo varón y en seguida se recuperaba.»

Pero se levanta en el monte el estruendo de la jauría y los cazadores recorren la zona sin dar vista a una sola pieza. En cambio, al pasar junto a la cueva que servía de morada al anacoreta, lo ven acompañado de una multitud de fieras y de aves, a las que no podrán capturar a pesar del empeño puesto en ello. Por si faltasen argumentos para reconocer en San Blas al veterinario por excelencia de Occidente, el patrón de las áreas rurales cuya orientación económica basculaba decididamente hacia la ganadería, préstese atención a este otro episodio de la leyenda: Al llegar a una población, salió al encuentro del santo una mujer muy pobre y le suplicó que le alcanzase de Dios la gracia de que pudiese recuperar un pequeño cerdo, lo único que tenía en el mundo, y le explicó cómo días antes se había quedado sin él porque un lobo se lo había arrebatado. San Blas, sonriendo, le dijo: «Tranquilízate, buena mujer; recuperarás tu cerdito.» Apenas hubo dicho este, presentóse ante ellos el lobo y depositó ante los pies de la mujer el animalito que le había robado.

Pero cuando se enteró de que el obispo había sido encarcelado por orden del emperador, aquella mujer se apresuró a acudir en socorro de su bienhechor: mató al cerdo, fue a la ciudad, visitó al prisionero y le entregó la cabeza y las patas del animal, un pan y una candela. El santo le dio las gracias por el obsequio, comió y después dijo a la mujer: «Todos los años, en el aniversario de mi muerte, llevarás a la iglesia una candela y la ofrecerás en mi nombre. Si haces lo que te digo, todas tus cosas marcharán prósperamente, y lo mismo les ocurrirá a cuantos hicieren esto.»

Blas es, decididamente —y en palabras del mitólogo antes aludido—, «la reencarnación cristiana de un dios lobo. En el momento de la cristianización, esta figura primitiva se escinde en dos entidades opuestas:

por un lado, San Blas, cuyos milagros se colocan bajo el ascendiente divino; por otro, una figura diabólica de hombre-lobo, cuyos poderes inquietantes se han vuelto irreductibles a lo divino. Las leyendas del Loup-Garou, del hombre lobo, recuerdan aún, desde el folklore, los antiguos poderes del dios-lobo (o del dios-oso), cuyo lado maléfico el rito trata de conjurar. En la Europa Moderna fue frecuente la invocación de San Blas contra uno de los terrores más ciertos de entre todos los que la azotaban, la peste. Pero Aracena tenía ya para defenderse otro abogado, y en modo alguno novicio, San Roque.

La iconografía de este santo confesor, nacido en Montpellier a fines del siglo XIII, resulta pintoresca en multitud de iglesias: en hábito de peregrino, con sombrero, bastón y calabaza para el agua, muestra una pierna roída por las úlceras, mientras un fidelísimo perro le lleva el pan entre los dientes. Las *Acta Sanctorum* sientan en el 16 de agosto una biografía que justifica sobradamente aquella función profiláctica contra las devastadoras epidemias. Procedente de una familia de la poderosa aristocracia, Roque quedó huérfano a los veinte años, lo que le movió a repartir sus bienes entre los pobres, ceder sus estados a un tío suyo y hacerse peregrino. Puesto el rumbo a Italia, será en la rica y densamente poblada región de Toscana donde el santo ejerza una labor de beneficencia de la que la taumaturgia será como la continuación «natural». Exponiendo su vida en medio de infectos hospitales, Roque no cejó en atender a los apestados de Florencia, pero luego también a los de Roma y de Piacenza, de manera que vino a contagiarse del mal. Los desagradecidos burgueses placentinos lo echaron luego de la ciudad y el santo tuvo que refugiarse en una choza del bosque, donde es fama que un perro iba todos los días a llevarle un pan para su sustento y le lamía las úlceras de la pierna. La leyenda asegura que posteriormente volvió a Montpellier, pero que como se hallaba físicamente tan cambiado, nadie lo reconoció, lo tomaron por espía y fue a parar a una mazmorra. Cinco años permaneció en ella haciendo alarde de paciencia, hasta que una luz prodigiosa inundó la cárcel para anunciarle la muerte, momento en el que fue finalmente reconocido por sus paisanos.

Ocurría ello en 1327, en un contexto en que la orden franciscana contestaba el lujo del papado de Avignon. Roque fue considerado como uno de sus hermanos terceros, y desde entonces muchas ciudades afectadas por la peste negra del siglo XIV —en Italia antes que en ningún otro sitio— levantaron iglesias de San Rocco, fiando a su santa taumaturgia la

inmunidad ante el contagio. De manera especial contribuyó a esta fortuna hagiológica el fin del cisma tras el concilio de Constanza, pues se decía que San Roque había librado de la peste a los padres que volvían de aquella magna asamblea. Luego el ejemplo de Venecia, que en 1485 entroniza sus reliquias en un lujoso templo, sería seguido por otras muchas poblaciones europeas, y cuando las epidemias del siglo XVII alcanzan a las más occidentales de las zonas rurales, se verán proliferar a la entrada de los pueblos diminutas ermitas de Saint Roch, el peregrino taumaturgo de colectividades.

Es lo que ocurre en Sevilla, y como automática réplica en Aracena. La fecha de la conclusión de la fábrica de su ermita ostentada en una inscripción del campanario, 1649, indica que es la angustia de la peste lo que había movido a solicitar su auxilio. Su emplazamiento, en la salida de la población hacia el maestrazgo de Santiago, encaja con su figura de santo peregrino, emparentado por ello con el que ya se apellidaba patrón de España.

Por cierto que Santiago será una de las devociones que intente fomentar en Aracena el hagiógrafo de la Madre Trinidad, Fray Antonio de Lorea, cuya biografía de la beata aracenesa publica en 1671. Además de tributar en ella un rendido homenaje a las devociones que constituyen el arsenal teológico de los dominicos (el Rosario, San Jacinto, Santa Catalina de Paccis...), y además de combatir algunas otras que en Aracena suscitaban la gran atracción popular —como el Carnaval, la Cruz de Mayo («que la adornen más con obras que con flores») o San Juan—, Fray Antonio de Lorea se entrega a desarrollar una verdadera teoría de la liturgia funeraria, pero por encima de todo reivindica el protagonismo de San Blas en librar a Aracena de la peste (véanse las apariciones a la Madre Trinidad).

Todo ello iba destinado a postular las limosnas necesarias para la fundación del convento de Jesús, María y José, pero ello no terminó de convencer al pueblo, que el 12 de junio de 1692, en concejo abierto o asamblea popular, ratifica a San Ginés de la Jara como patrón principal, seguido de San Blas, San Sebastián y San Roque. Sabemos, sin embargo, cómo las cosas se complican en la administración pontificia, y seis años más tarde, en 1698, en nueva reunión, esta vez de ambos cabildos (presidido el eclesiástico por el vicario Ginés de Rioja), sale ya San Blas como primero y principal patrono. El arzobispo Jaime de Palafox confirma todo ello en 26 de

agosto, pero reduciendo las festividades de los patronos menos principales al solo ámbito litúrgico.

Cuando el año 1700 la Santa Sede suprime al patronazgo de San Roque, por no hallarse canonizado, y deniega la celebración de San Blas el 16 de mayo para trasladarla al 3 de febrero, fecha en que lo hace la Iglesia universal, puede decirse que se ha completado el cuadro de la hagiología moderna de Aracena.

* * *

En el siglo XVIII, el imaginario de Aracena —como el de la mayoría de las ciudades de Europa que deben su conformación moderna a la Iglesia— está completo y apenas si conocerá mudanzas. Es, sin embargo, el siglo del empirismo, el criticismo y la ironía, por lo que a lo largo y ancho del viejo mundo la urdimbre mitológica colectiva deberá defenderse de los embates de la razón. Y también en Aracena deben sus elementos cultos —esos representantes locales más de la Contrailustración que de la verdadera Ilustración— hacer gala de sus herramientas intelectuales para defender el santoral propio. El ejemplo más conspicuo lo tenemos en Marmonje, pero ya nos hemos referido a él con profusión en otro lugar («Aracena y su Sierra...», p. 496-515).

Aquí queremos referirnos a dos ejemplos de esta defensa a la que nos referimos, que tienen ambas su pizca, o algo más que pizca, de ideología, pues, como cabe esperar, las modificaciones del imaginario tienen que ver con la transformación de las condiciones materiales.

San Ginés, a pesar de haber sido descabalgado del patronazgo oficial, continuaba gozando del favor popular, y su romería del lunes de Quasimodo suscitaba un entusiasmo tan grande, a aún mayor, que el de dos siglos antes. Aunque el cultivo de la viña ya no alcanzaba las dimensiones del XVI, el desenfado de las costumbres en la época de Voltaire —cuya presunta visita a Aracena en modo alguno acredita el *Candide*—, hacían de aquella fiesta escenario de sonadas bacanales y de todo género de transgresiones. Ello dio pábulo a quienes apoyaban la política de Carlos III conducente a suprimir las ermitas en despoblado, de forma que los adeptos de San Ginés en Aracena se vieron obligados a defender su devoción. (Voltaire, «Romans et contes en vers et en prose». París, *Le Livre de Poche*,

1994. «Candide ou l'optimisme» ocupa las páginas 206-306. En la página 232 se dice, en efecto: «Candide, Cunegonde et la vieille, étaient déjà dans la petite ville d'Avacena (sic), au milieu des montagnes de la Sierra Morena; et ils parlaient ainsi dans un cabaret», lo que introduce la escena del alto realizado por los personajes del cuento en la villa durante su viaje de Lisboa a Sevilla. Pero en modo alguno quiere ello decir que Voltaire —cuyas estancias fuera de Francia se limitan a Holanda, Inglaterra y Suiza— hubiera pasado anteriormente por Aracena. [Ibidem, p. 984-1007].)

Y en ese contexto, el 4 de noviembre de 1766 el vicario Agustín Barrera y Narváez escribe al fraile guardián del convento de San Ginés de la Jara en Cartagena poniéndolo al día en cuanto a milagros del santo se refería. En la carta afirmaba textualmente: «No es fácil referir los continuos prodigios que experimenta esta villa y los pueblos inmediatos de nuestro santo», especialmente en lo que se refiere a «libertar las viñas y los campos de la plaga del pulgón, de modo que al tocar su campana se levanta el que hay en las viñas, y viene a la ermita, y de allí no vuelve a salir, pues todo allí muere. Y siempre están las paredes de la iglesia y sus concavidades llenas de pulgón en grandísima copia». Es más, continuaba el vicario: «El día del Corpus sale en la solemne procesión el santo, con otros muchos, y algunos años se ven muchos pulgones volando y obsequiando en contorno la santa imagen.» El documento, procedente del archivo del convento de San Ginés de Cartagena, lo cita Asensio Sáez, «Monasterio de San Ginés de la Jara, y en pliegos de cordel vida y milagros del santo». Cartagena, 1946, p. 61-2.

Bien sabido es cómo la romería se siguió celebrando, y en ella, entre las misas solemnes, haciéndose la elección del mayordomo, cuya resistencia al cargo radicaría en sufragar los gastos de vino, dulces y otras golosinas con que eran obsequiados los asistentes. No será sino la decadencia del viñedo en el siglo XIX lo que acarree la de los cultos celebrados en abril en la agreste ermita. Por ello, cuando en el siglo XX se restaure la romería a San Ginés, con un criterio excursionista horro del sentido propiciatorio propio de su antiguo ritual, la fecha de celebración será la del calendario romano, es decir, el 25 de agosto.

El segundo caso es el de San Pedro, cuya imagen era salvaguardada por la indigencia de los menesterosos. En efecto, la cofradía de San Pedro y Pan de Pobres había adquirido su plena función asistencial a principios

del siglo XVIII, tras la constitución de la Obra Pía de Infante del Real. Pero el creciente número de pobres generado por el desarrollo demográfico y la privatización de los montes comunales, hicieron insuficiente aquella benéfica fundación, y los clérigos cofrades buscaron aumentar los fondos afiliando tanto al Príncipe de Aracena como al arzobispo de Sevilla. Ese es el trasfondo del sermón predicado un año en la octava de San Pedro por el carmelita Fray Manuel de la Barrera y Narváez, que la cofradía dedicó impreso al arzobispo de Sevilla Luis de Salcedo y Azcona, quien ostentó la tiara entre 1722 y 1741. (Impreso en la imprenta del impresor mayor de Sevilla Juan Francisco Blas de Quesada. Sobre la Cofradía de Pan de Pobres y su función asistencial en el siglo XVIII, vid. mi «Aracena y su Sierra...», p. 394-54, 411-20 y 433-5.) Ya el mismo título. «Executoria de un Príncipe a quien exalta la limosna», encierra una buena dosis de ironía, pues la sede de San Pedro era en el mundo cristiano sinónimo de muchas cosas pero no de prodigalidad en la limosna. Pero nada hay imposible para los artificios de la retórica sacra, y así el predicador no tuvo rebozo a presentar a San Pedro bajo la siguiente silueta: «Tan fino se ostenta nuestro apóstol en repartir el pan de la limosna, que no cesa de mover la mano. Con ella da en realidad pan a los pobres, como en el mar lo hacía en figura con los peces. Pero, ¿cómo no ha de hacerlo un Príncipe, que tiene por propias glorias el sublevar las miserias? Es de nuestro Príncipe el cuidado de repartir pan a los pobres, y es tan vigilante en el empleo que apenas el pobre tiene hambre, cuando su diligencia le prepara ya el remedio. Que un tan buen prelado, como lo es San Pedro, siendo príncipe de una tan noble cofradía, adivina los pensamientos a los pobres para repartir el pan a sus fatigas.»

Con todo, el fraile carmelita no había de ocultar las limitaciones de esa actitud: «El norte del evangelio es considerar a San Pedro batallando con las aguas del mar de Galilea. Ufano pisaba las espumas, sin considerar a la vuelta los peligros; mas al fin, lo que no alcanza una persuasión prudente consigue una experiencia infalible, pues ser discípulo del suceso trajo siempre la virtud de aprovechado (...).

Lo que después de esto te espera es que seas alimento de los peces, que ya te esperan por minutos, y aunque hubo una ballena para Jonás, no son para cada día esos milagros (...). Nada, apóstol santo, que te hundes. “Et cum coepisset mergi, clamavit.” Nada y huye de las aguas y de ser pescado de los peces. ¿Y qué sacamos de esto? (...)

Es el mar por lo espacioso símbolo expreso de un pueblo. “Aqua multa populi multi.” Son los peces los vecinos con el carácter de pobres. “Pisces tamquam pauperes”, dice el Pictaviense.»

La cofradía aracenesa de San Pedro se hallaba, en efecto, abrumada por la demanda creciente de auxilio proveniente de los vecinos menesterosos. Pero el Antiguo Régimen conocería una larga agonía para dar paso a la sociedad liberal del siglo XIX. Durante ese proceso no sólo se produjeron cambios radicales en el régimen de propiedad y en las condiciones de trabajo, sino que, al compás del mismo, la estructura del imaginario hubo de evolucionar desde los marcos hagiológicos controlados por la Iglesia hacia un nuevo sistema mitológico y ritual que se denomina generalmente folklore. Las nuevas leyendas —en Aracena, las de la Jualanita, la Zulema o las Tres Cosas del Tío Juan— encuentran su conformación clásica en los términos en que las escribió José Nogales.

Pero, para sorpresas de científicos de esquema riguroso, cuando parece que una mentalidad absolutamente nueva dirige a los hombres del nuevo siglo, hallamos que otro icono viene a presidir el espacio urbano de la nueva Aracena: San Julián. Julián Romero de la Osa es, en Aracena, el prototipo del burgués enriquecido durante la época de la Desamortización. Como no hubo en la comarca muchos ciudadanos que pudieran ajustarse a ese perfil sociológico, quiso él pasar a la posteridad con fama de vecino benéfico, y a tal fin costeó de su peculio la urbanización y exorno de la plaza del Pilar. Pero cuando murió, en 1875, el Ayuntamiento, en la euforia de reconciliación nacional traída por la Restauración, quiso testimoniarle la gratitud popular en una estatua que perpetuase su memoria. Y entonces se llegó al consenso de mandarla ejecutar bajo una traza e iconografía que aunque el pueblo atribuyó a San Julián, recuerda más bien a San Antonio María Claret. (Vid. el artículo de Amalio García Arias «La fuente del santo» en «La Voz de la Sierra de Aracena», número 1 (1994), p. 1 y 16-7, que la interpreta como un cúmulo de atributos iconográficos para, contentando a todos los sectores de la comunidad, aglutinar la imagen de los distintos San Julián del santoral.)

No sabríamos concluir sin considerar la última fase, correspondiente al siglo XX, del devenir iconológico de Aracena. Un reciente estudio antropológico, presentando la iconización como atributo del poder, ha hecho llegar hasta 1982 la serie de los individuos que ejercieron el patro-

nazgo sobre la comunidad local. Deberían entonces, creemos, deducirse todas las consecuencias de esas premisas y analizar en ese contexto la reja labrada en bronce que cierra el presbiterio de la iglesia del castillo. Igualmente se debería interpretar en su verdadero sentido el gesto de transferir a la colectividad un homenaje personal: el que —perpetuando el culto a la Magna Mater— fue en 1971 dirigido a «todas las madres de Aracena».